diéronse agradecidas de dicha señora, y en llegando á Ávila, fuése nuestra Madre al monasterio de S. José y allí, según el P. Visitador lo tenía ordenado, hizo la siguiente aclaración y renuncia:—Digo yo Teresa de Jesús, Monja de nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Ávila, y ahora de presente en S. José de Ávila, donde se guarda la primera regla, que hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Rmo. Padre Fr. Juan Bautista Rubeo, que también me la dió, para que, aunque me mandasen los Prelados tornar á la Encarnación allí la guardase, que es mi voluntad guardarla toda mi vida, y así lo prometo: y renuncio todos los Breves que hayan dado los Pontífices para la mitigación de la dicha primera regla. Y con el favor de N. Señor la pienso y prometo guardar hasta la muerte; y porque es verdad lo firmo de mi nombre.—Teresa de Jesús, Carmelita.

Hecha la dicha renuncia, puesta en los brazos de Dios, y cual víctima que se prepara al sacrificio, encaminóse hacia la Encarnación. En el capítulo siguiente veremos lo mucho que hubo de padecer, y el señaladísimo triunfo que con la ayuda de Dios alcanzó.

CAPÍTULO X.

Estado en que se encontraba el monasterio de la Encarnación cuando la Santa fué nombrada Prelada de él.—Alborótanse las monjas con motivo de dicho nombramiento.—Comienza nuestra Madre á ejercer su oficio, y con su virtud y acertado gobierno experimenta en breve el monasterio notable aprovechamiento.—Enfermedades que padeció en el primer año de priora en la Encarnación.

El número de monjas en la Encarnación, cuando la Santa fué nombrada priora, pasaba de ochenta. Hacía tiempo que por falta de buen gobierno en la casa, no se encontraban atendidas en lo temporal cual convenía, é íbase por esta razón abriéndose ancha brecha á la relajación y ruina de la observancia. Con las faltas que experimentaban unas veces de vestido, otras del conveniente sustento, andaban muy quejosas, y era causa de continuo trato con parientes, con lo que se iban aseglarando, y disipando más y más cada día. Las cosas del alma caminaban de mal en peor, y si no viniera luego remedio, por fuerza

el monasterio habría de desaparecer. Aquí es donde tenía que venir la Santa, queriéndolo así el Señor, para renovar el espíritu, poner concierto en las desarregladas costumbres, y restablecer en todas sus partes la observancia de la regla. Con grandes dificultades había de luchar para conseguir tan extraordinaria mudanza; pero animada del espíritu de Dios, poderoso á ablandar corazones duros como el pedernal, esperaba segura triunfar.

No bien las monjas de la Encarnación hubieron tenido noticia de la elección del P. Visitador, hecha sin consentimiento de las mismas, cuando comenzaron á inquietarse y levantar grande alboroto, porque, conocido el espíritu de la Santa, temían las había de estrechar demasiado, y cortar de raíz todas sus libertades. Nada de esto se ocultaba á la celosa Reformadora, y confiada en la Divina Providencia, dirigióse á su primitivo monasterio, acompañada del P. Provincial, quien hizo saber á las monjas, reunidas en Capítulo, la disposición del P. Visitador Apostólico. Con esto, levantáronse coléricas algunas, y con demasiada osadía protestaron diciendo, que no obedecerían tal determinación, y no faltó quien se desmandara en palabras contra la inocente y sufrida Santa.

Ocurría lo dicho en el coro bajo donde se hallaban todas reunidas; y como en comunidad numerosa hay siempre de todo, dividiéronse los pareceres. Juzgando las más cuerdas que debían obedecer, tomaron la cruz con el fin de hacer el recibimiento de prelada que se acostumbra en tales ocasiones. Tan enérgicamente se opusieron á este acto las más díscolas, que el Provincial y otro Padre que acompañaba á la Santa hubieron de meterla por fuerza en la iglesia en medio de espantosa confusión y gritería; porque mientras unas entonaban el *Te Deum*, manifestaban otras tumultuosamente su disgusto al ver que se les entraba por Prelada á la que ni para lega quisieran. En tanto permanecía la resignada Madre humildemente postrada delante del Santísimo Sacramento, callando y sufriendo como manso cordero los desmanes de aquellas ciegas y apasionadas monjas, que no sabían el inapreciable bien que el Señor les enviaba.

En tan desfavorables circunstancias es donde la Santa hubo de mostrar tacto exquisito y prudencia admirable en el gobernar; y vióse aquí claramente estar alumbrada y regida del espíritu de Dios, pues fuera imposible de otra manera poner paz en aquellos exasperados ánimos.

Antes de congregar á las religiosas en capítulo, hizo colocar en la silla prioral una hermosa imagen de talla de nuestra Señora, en cuyas manos puso las llaves del convento, de suerte que la Virgen aparecía la prelada y dueña de la casa. Sentada á los piés de la devota imágen, mandó tocar á capítulo, y entrando en coro las monjas, sobrecogíanse de ver á la Madre de Dios ocupando el lugar de la Presidenta, y aun las más bravas no dejaban de temblar. Dirigía en tanto la Santa fervientes súplicas al Señor para que diese luz á aquellas sus súbditas, y las dispusiera á abrazar gustosas lo más conveniente para el bien de sus almas. Cuando ya las tuvo á todas reunidas, y ellas imaginaban que se despacharía á su gusto, les habló así: «Señoras Madres y Hermanas mías, nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, ansí por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora tal, que ha-

ría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está, lo mucho que tiene. Solo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuesas mercedes. De todas ó de la mayor parte conozco la condición y las necesidades; no hay para que vuesas mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande, pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos, que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras se igualen con la intención y deseo» (1).

Oída esta tiernísima plática, que no respira sino amor, prudencia y profundísima humildad, tan aplacadas quedaron las monjas, que hasta las más díscolas se sometieron gustosas á cuanto la Santa Madre quisiera mandarlas. Rendidas á la gracia divina ofrecían su cuello al yugo suave de la obediencia.

Comenzando después la Santa á ejercer su oficio de prelada, vióse ser verdad lo que el Señor le había dicho para animarla; de que *no era la cosa tan difícil como le parecía*. Procuró primero asegurar el conve-

(1) Escrit. de S. Ter. t. 1.° p. 522.

niente sustento, á fin de que las monjas, dejando á un lado tan enojoso cuidado, pudieran atender con más solicitud y menos peligros al negocio de sus almas. Parece que Dios favorecía visiblemente los intentos de la Prelada. Con ser tantas las monjas del monasterio, y haber en él tan mal gobierno, que muchas pensaban pedir licencia para salir á casa de sus padres, porque no se veían atendidas con lo necesario, en todo el tiempo que la Santa estuvo de superiora, nunca padecieron semejantes necesidades.

Ganados así los corazones de las religiosas, que no veían en la Presidenta sino una madre cariñosa y solícita en procurar su bien, y cerrada la puerta á infinidad de abusos que la falta de comida y vestido ocasionaba, aplicóse con particular cuidado á restablecer el espíritu religioso, que era lo que más importaba. En la portería y sacristía puso monjas amigas de toda observancia, y quedaron con esto atajadas muchas visitas y conversaciones inútiles y perniciosas. Lo más curioso estaba en que las mismas que en un principio le habían sido contrarias, venían luego y le decían: bueno será, Madre, que guarde V. Rva. las llaves de los tornos y locutorio, y ponga de portera á fulana que se distingue por su virtud, y ha de hacer bien el oficio. Ella, que andaba con mucho aviso, aprovechábase de estas oportunas ocasiones, y como quien deseaba darles por el gusto, contestaba: pues ya que á V. Reverencias así les parece, hágase en hora buena. De esta manera conseguía el fin importantísimo de evitar el trato y conversación con seglares, el cual nunca podía traer buenas consecuencias.

Acostumbrado cierto caballero á gastar en el locutorio buenos ratos de conversación con una monja, viendo que ésta ya no salía como antes, y sabiendo cuál era la causa, tuvo el atrevimiento de llamar á la

Santa, y descomedirse con ella en palabras. Aguardó la discreta Prelada á que el importuno caballero dejara de hablar, y cuando hubo terminado, reprendióle con tanta energía sus descaminadas pretensiones, que quien antes se mostraba muy osado, quedó después confundido y sin saber qué replicar. Pasó más adelante nuestra Madre, y le amenazó con la justicia del Rey, si en lo sucesivo se atrevía á poner allí los piés con el fin que antes solía. Salió con la cabeza baja el tal caballero diciendo, que con la Madre Teresa no había burlas, y que ya eran acabadas las conversaciones con las monjas de la Encarnación. Corrióse por la ciudad el celo de la Santa en desterrar abusos y atajar parlerías, y bien pronto las religiosas viéronse libres de visitas inútiles y ociosas.

Mas para que una tierra dé buen fruto no basta arrancar las malas yerbas, es preciso además poner en ella buena semilla, y con esmero cultivarla. Así lo hizo nuestra Madre en la Encarnación. No se contentó con desterrar abusos, sino que se propuso avivar el espíritu decaido, despertando en el corazón de sus súbditas el amor á la virtud, y á la observancia de la regla. Con este fin alcanzó del P. Visitador viniesen de confesores de las monjas los PP. Fr. Juan de la Cruz, y Fr. Germán de Santo Matías, ambos amantes de la virtud, y deseosos del bien de las almas. Dirigidas por tan celosos directores, viéronse en breve trocadas de tal manera, que sólo en el hábito parecía se diferenciaban de las Descalzas. Hiciéronse amantes del retiro y de la oración, ejercitábanse en ásperas penitencias, obedecían con prontitud los mandamientos de la Prelada, y la armonía y caridad comenzaron á reinar en aquella casa. «Como yo las veo tan sosegadas y buenas, dice la Santa escribiendo á Doña María de Mendoza, pesarme ha de verlas padecer, que cierto lo están:

es para alabar á nuestro Señor la mudanza que en ellas ha hecho. Las más recias están ahora más contentas, y mejor conmigo. Esta cuaresma no se visita mujer ni hombre, aunque sean padres, que es harto nuevo para esta casa. Por todo pasan con gran paz. Verdaderamente hay aquí grandes siervas de Dios, y casi todas se van mejorando. Mi Priora (1) hace estas maravillas. Para que se entienda que esto es ansí, ha ordenado nuestro Señor que yo esté de suerte, que no parece vine á aborrecer la penitencia, y no entender sino en mi regalo.»

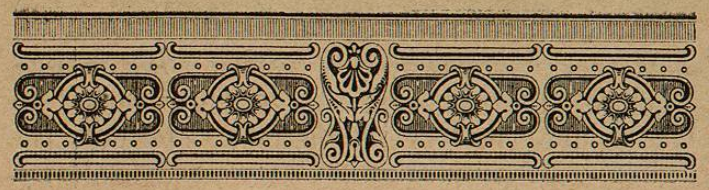
Dice la humildísima Sierva de Dios que no entiende sino en regalarse, cuando apenas había tenido día bueno, como se ve claro por lo siguiente que también escribe á dicha señora. «Á mí, le dice, me ha probado la tierra de manera, que no parece nací en ella. No creo he tenido mes y medio de salud al principio qué vió el Señor, que sin ella no se podía asentar entonces nada. Ahora su Majestad lo hace todo. Yo no entiendo sino en regalarme, en especial tres semanas ha, que sobre las cuartanas me dió dolor en un lado y esquinencia (angina). El uno de estos males bastaba para matar, si Dios fuera servido, mas no parece le ha de haber que llegue á hacerme este bien. Con tres sangrías estoy mejor. Quitáronseme las cuartanas; mas la calentura nunca se quita, y así me purgo mañana. Estoy ya enfadada de verme tan perdida, que si no es á misa, no salgo de un rincón, ni puedo. Un dolor de quijadas, que ha cerca de mes y medio que tengo me da pena.» Pues imagine el lector qué tal atendería la Santa á su regalo, molestada de tantas enfermedades, y abrumada con la barahunda de negocios que traía

(1) Alude á la Reina de los Ángeles, colocada en la silla prioral, y con las llaves del convento en la mano, en la cual silla ninguna Priora se sentó después.

entre manos. Diremos que su regalo consistía en estar abrazada con Cristo en la cruz, y entonces cierto, que era grande, como lo era la cruz que llevaba.

Antes de dar por terminado el capítulo, no dejaremos de referir la consoladora visión que al principio del priorato tuvo la Santa, mereciendo que la Reina de los Ángeles aprobase entre muestras de agradecimiento la piadosa idea de haber colocado en la silla prioral su imagen de talla. «La víspera de S. Sebastián, cuenta la favorecida Madre, del primer año que vine á ser priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de Ángeles á la Madre de Dios, y ponerse allí; á mi parecer no ví la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo á la imagen que me dió la Condesa, (1) aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Pareciame encima de las cormas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve ansí toda la Salve, y díjome: *Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.*»

(1) Dicha imagen de la Condesa, que es un lienzo donde está pintada la cara de la Virgen, guárdase al presente en las religiosas de la Encarnación.



CAPÍTULO XI.

Desposorio místico.—Conocimiento especial que el Señor comunicó á su Sierva acerca del misterio de la Santísima Trinidad.—Matrimonio espiritual.—Efectos admirables que las dichas mercedes causaron en el alma de Teresa.

SABIDAS las extraordinarias mercedes que el Señor comunicó á su Sierva hasta el 1571, en que la vemos priora de la Encarnación, acaso piense el lector que de nada más grande es capaz la humana criatura, mientras camina por este valle de lágrimas. Pero ¿cómo poner tasa á la bondad y magnificencia del que es infinito en sus perfecciones? Quien tuvo amor, para humillarse á tomar nuestra humana naturaleza, y cargó con la responsabilidad de nuestros pecados, para expiarlos en afrentosa cruz; quien tal hizo en beneficio del hombre, objeto de odio por la culpa original, ¿qué no hará con las almas puras, que sin reserva se entregan á su servicio, y celan su honra y gloria, y á mil muertes se pusieran antes que faltar en un punto á lo que entienden ser de su voluntad?